

Una solitaria figura se asoma
entre los árboles.
Es Ciorán el valeroso, que busca a sus soldados.
Alza la mirada y sus ojos
recorren el cielo para preguntar a las nubes:
—¡Oh, blancas nubes traídas por el viento!
¿Habéis visto a alguna lanza esbelta,
firme en el horizonte,
escudos relucientes y espadas brillantes?
—No —responden las nubes:
No hemos visto ninguna lanza
de pie en el horizonte.
No había escudos limpios ni brillo en las espadas rotas.
Hemos visto lanzas astilladas,
escudos oxidados y espadas llenas de sangre
seca de muchos años.

Una solitaria figura se asoma entre las lomas.
Es Ciorán el valeroso, que busca a sus soldados.
Baja la mirada y sus ojos recorren el mar
para preguntar a las olas:
—¡Oh, fuertes olas traídas por el viento!
¿Habéis visto algún navío perdido en la lejanía,
estandartes agitados y movidos por la brisa?
—No —responden las olas:
No hemos visto ningún barco sobre el mar.
No había estandartes orgullosos
ni viento que los agitate.
Hemos visto un casco hundido y agrietado,
y madera carcomida y telas
enmohecidas por los siglos.
Una solitaria figura se asoma entre las montañas.
Es Ciorán el valeroso, que busca a sus soldados.
Alza la mirada y sus cabellos se ondulan por el viento:
—¡Oh, poderoso viento del Este! ¡Respóndeme!

¿Has visto a hombres caminando bajo tus dominios,
caballos y jinetes cabalgando hacia la batalla?

—No —responde el viento cálido de Oriente:

No se divisan sombras de hombres a pie sobre la tierra.

Tampoco he visto caballo o jinete

alguno que lo montase.

He visto muchas sombras dormidas en el suelo,

hierros y huesos esparcidos sobre un yermo distante.

Jesús Álvarez